



Oficios y prácticas

The lost little sister

Kidnapping and rescue of politic economy for the social sciences

RICRADO ARONSKIND

Resumen

El trabajo propone una reflexión sobre el conocimiento económico en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX. Se detiene en sus relaciones con la política y con el resto de las ciencias sociales, mostrando las diversas articulaciones que la ciencia económica tuvo con estas esferas en las corrientes desarrollistas, dependentistas y neoliberales. Señala un deterioro de las miradas heterodoxas a la par de las transformaciones en la sociedad argentina reciente, mostrando la emergencia de lo que llama un “individualismo descomprometido”. Finalmente se concentra en la incidencia del saber técnico-administrativo en el ámbito académico, para luego señalar la centralidad de la ciencia económica en sus inscripciones políticas e históricas, como un polo necesario de investigación crítica, creativa y comprometida con lo público.

Economía política; heterodoxia; expertos; neoliberalismo; esfera pública.

Abstract

The article proposes a reflection on the economic knowledge in Argentina during the second half of the twentieth century. Addressing its relations with politics and with the rest of the social sciences, shows the various interrelationships that economic science had with these areas in the development, dependency and neo-liberal discourses. It points a deterioration of the heterodox views on a par with the transformations in the recent Argentine society, showing the emergence of what he calls a “commitmentless individualism”. Finally, it focuses on the impact of technical-administrative knowledge in the academic field, and then point out the centrality of economic science in its political and historical inscriptions, as a hub of research necessary critical, creative and committed to the public sphere.

Politic economy; heterodoxy; experts; neoliberalism; public sphere

La hermanita perdida

Secuestro y recuperación de la economía política para las ciencias sociales

RICARDO ARONSKIND*

Cierto punto de partida

En algunos sentidos, el mundo era más fácil en los '70. Si bien el progreso económico de posguerra era universal, la confrontación entre el occidente industrializado y el modelo soviético cubría el planeta. Ni que hablar en la Argentina, sociedad semiindustrializada, relativamente igualitaria, considerablemente culta para los estándares del mundo periférico. La vida, ganarse la vida, era más fácil que en la actualidad, y quien quisiera pensar la sociedad contaba con una serie de ofertas interpretativas mucho más diversas.

* Universidad de Buenos Aires.

Me tocó empezar mis estudios en una época en la que circulaba entre los jóvenes de clase media la idea de que la economía era una *llave* para entender la sociedad. En su versión más extrema, aparecía un determinismo económico que pretendía reducir –se decía “en última instancia”– los hechos sociales y políticos al “núcleo duro de la realidad” que era la economía.

Tenían fuerte presencia en ese momento visiones totalizadoras de la realidad social: la vigencia de un pan-estructuralismo que atravesaba buena parte del espectro político, la existencia de la teoría de la dependencia –también producto de los intelectuales latinoamericanos–, y el marxismo que en sus múltiples variantes políticas se percibía a sí mismo como la fuerza dinámica llamada a conquistar la historia.

Cuando digo visiones totalizadoras me refiero a que nadie ignoraba las numerosas interrelaciones entre economía, política, ideología a nivel local e internacional, y la importancia de la historia como instrumento imprescindible para entender el presente. El liberalismo que emanaba de los países centrales enfrentaba el desafío del pensa-

miento heterodoxo con la bandera de la igualdad de oportunidades: el capitalismo no solo era el más eficiente, sino el más justo de los sistemas sociales. El desafío (real o ficticio) que planteaba un sistema estructurado en otra forma de organización social de la producción generaba una tensión y un estímulo extraordinarios.

Existía un gran impulso transformador, que se expresaba en radicalización política, pero también en búsqueda cultural, artística, existencial. Ese florecimiento era producto de décadas de buena educación pública, ascenso social amplio, complejización productiva y rica creación cultural.

Por lo general, el deseo transformador primaba sobre la necesidad de conocer el objeto de la transformación, en este caso *–nada menos–*, la sociedad. También desconocíamos los límites de nosotros, los humanos.

La tentación de suponer que la mayor parte de los problemas ya habían sido respondidos teóricamente y que por lo tanto restaba *sólo* llevar a la práctica las soluciones (políticas) era muy fuerte.

Esa ilusión de que “tomar el cielo por asalto” era *fácil*, constituía una trampa en la que cayó mucha gente con voluntad transformadora y vocación de poder.

Algunas vertientes del marxismo, por ejemplo, se consideraban a sí mismas como “científicas” por definición, lo que las habilitaba *–usando el vocabulario “científico” pertinente–*, a aseverar cualquier cosa sobre “la realidad”. Muchos se consideraban, dada su *posesión* de la “ideología correcta”, eximidos de estudiar el funcionamiento de la sociedad en general, y de la Argentina en particular. Se trataba de aplicar un instrumental de análisis surgido en otras circunstancias históricas, pero válido universalmente, sin necesidad de adaptación alguna. A veces, el análisis quedaba a un costado, y la urgencia era aplicar localmente las prácticas políticas exitosas en otros tiempos y lugares, como si nuestra realidad estuviera hecha de los mismos materiales.

Había una enorme producción discursiva, que no pretendía conectarse en forma rigurosa con un conocimiento profundo del contexto económico, social, cultural en el que se pretendía influir. La premura por incorporarse a la ola de transformaciones que cubría al mundo y nuestra región obligaba, en el caso argentino, a adoptar cierto catastrofismo político y social: *había* que incluir como fuera a la Ar-

gentina dentro del tercer mundo, dentro de los países coloniales y explotados, porque ellos eran el “eslabón débil” del orden capitalista. Así, a la compleja y sofisticada y urbana sociedad argentina se la emparentaba con Rusia de 1917, con la China de 1949, con la Cuba de 1958, con Argelia de 1963 y con el Vietnam de 1970. El salto entre esas realidades nacionales que habían dado pie a procesos revolucionarios y la de nuestro país exigía ignorar demasiadas cosas. Así, mientras se evaluaba sesgadamente –tremendistamente– las condiciones económicas existentes, se hablaba de actores sociales que no existían, se generalizaban estados de ánimo transformadores que no eran colectivos, se imaginaban líderes que no guardaban relación con los personajes reales, etcétera.

La irrupción de la represión también significó el aplastamiento del genuino pluralismo ideológico existente en ese momento en el país. El liberalismo, corriente muy minoritaria en la Argentina de posguerra, se transformó progresivamente en ideología y práctica de masas, aprovechando el monopolio del espacio público que le otorgó la dictadura, y también recuperando muchos elementos individualistas, conservadores y autoritarios preexistentes en la sociedad y hasta ese momento “diluidos” en otros espacios. El pensamiento heterodoxo, en sus diversas variantes, quedó disperso y deshilachado. El impulso al cambio social se transformó en modesta (y vital) expectativa de supervivencia. Los escasos centros de pensamiento heterodoxo que quedaron en pie bajaron los decibeles reformistas. Las clases y sectores sociales que habían acompañado la industrialización con tintes distribucionistas, base social de la heterodoxia, fueron degradados exitosamente por el “proceso”. En los pliegues no controlados por el fascismo militar, se mantuvo una sutil malla de talleres literarios, revistas alternativas, grupos de estudio y otras actividades en las que se refugió la sed de creación y pensamiento.

La universidad fue vaciada de contenido crítico. Profesores fueron perseguidos, encarcelados y muchos debieron exiliarse. Se destruyó la cultura impugnadora entre los estudiantes mediante el terror, forjándose un alumno silencioso, más pasivo frente al menú de pensamiento que le ofrecían las “casas de altos estudios”. Los docentes preferían no exceder los textos de los manuales “admitidos” por el autoritarismo.

Continuaba así un largo ciclo de debilitamiento de la universidad pública, comenzado por la persecución ideológica del onganiato, el

interregno militantista de la izquierda peronista y la intervención fascista peronista posterior. El terror militar procesista atacó directamente la subjetividad del mundo académico, llevando el miedo y la censura hasta los últimos rincones del pensamiento y castrando de cualquier impulso utópico a las diversas disciplinas, incluido el campo de la economía.

Parte de la formación, en especial la vinculada a visiones alternativas de lo económico, debió realizarse complementando lo que la universidad negaba mediante el esfuerzo individual o compartiendo lecturas de textos difícilmente conseguibles con amigos que tuvieran similares inquietudes.

La ulterior universidad de la democracia nació anémica, tanto por la recurrente carencia de fondos para ponerse en pie –debido al estado de crisis fiscal permanente provocado por el endeudamiento externo–, como por el estado de postración colectivo y el miedo a retomar impulsos emancipadores. El retorno a la democracia, deslucido por la impotencia para remover los condicionamientos económicos heredados de la dictadura, estableció una agenda temática modesta, que también sufrió tropiezos en su realización.

Imágenes de la Argentina

La Argentina presenta una serie de peculiaridades importantes. Nació muy lejos del centro del mundo, pero fuertemente vinculada a él, rica, gracias a que Gran Bretaña necesitaba alimentos que se daban en abundancia en el suelo pampeano. Con la –modesta– estrategia de ser suficientemente pasivo y adaptado, el país recibía todos los productos industriales necesarios, a cambio de carne y cereales. Lo *nuestro* no era la industria... hasta 1929. Por esas cosas de los mercados, todo se derrumbó en octubre de ese año y el mundo capitalista se hundió en un ciclo de decrecimiento que duraría casi una década. En el interín, espontáneamente, y sin desearlo, el país se adentró en una obligada producción de bienes industriales que transformó su economía y su sociedad. El peronismo, nacido de esa circunstancia, repotenció la tendencia pro-industrial y avanzó en la integración social. Muchas cosas en economía se hicieron mal, pero se hicieron. El estado no funcionaba bien, las industrias no eran muy competitivas, el agro eludía la modernización, pero como un todo, la Argentina era un extraño país a mitad de camino entre el tercer y el primer mundo. Poca pobreza, alfabetización amplia, consumo de

masas, considerable sintonía con la cultura occidental desde un perfil propio.

El divorcio entre la Universidad y el Estado ya existía, y se expresaba en el escaso interés que el sector público mostraba por el conocimiento que se generaba en el mundo académico, lo que hacía (y hace) que buena parte del conocimiento que se generaba fuera a parar a los anchos cajones del estado.

Entre los puntos irresueltos del proceso desarrollista transcurrido entre los '40 y los '70, el país no había logrado construir un vínculo virtuoso entre el estado, el sistema científico-tecnológico (que incluía a la universidad) y la producción. El estado no planificaba, con lo cual no necesitaba el conocimiento que podía generar la universidad; la universidad tenía su propia dinámica, en muchos casos autista, y el empresariado local (nacional y extranjero) no sentía la necesidad ni de la planificación pública, ni del uso sistemático de la ciencia y la tecnología. Con protección y subsidios bastaba en el estrecho horizonte de los empresarios locales, y si se necesitaba tecnología moderna, se compraba afuera. El “triángulo de Sábato” parecía imposible de construir.

Las pasiones desatadas en torno a la disputa peronismo-antiperonismo fueron combinándose con el eje comunismo-anticomunismo, característico del escenario mundial de aquellas décadas. Sin que el país hubiera completado los pasos necesarios para dejar atrás el subdesarrollo, pero tampoco desahuciado económicamente, la dictadura de 1976 introdujo un vuelco dramático: endeudó al estado y sus empresas a niveles insólitos, lo que colocó las finanzas públicas en estado de crisis permanente y dejó las decisiones públicas sometidas al acoso sistemático de los acreedores extranjeros y locales. El chantaje financiero permanente se reveló como un poderoso instrumento de dominación que permitió poner al país en el sendero del ajuste (achicamiento) perpetuo. El empobrecimiento no fue sólo económico y cultural. La auto-imagen de un país que estaba en condiciones de superar sus problemas desapareció. El empantanamiento de la economía y las condiciones de vida fue minando las percepciones y la auto-confianza nacional. Las expectativas de una recuperación nacional asociadas a la restauración democrática se frustraron. El escenario para el neoliberalismo estaba montado: *Controlar el propio destino es imposible. La vuelta a la pasividad que nos hizo ricos nos salvará. Seamos lo que “el mun-*

do” quiera que seamos, y nos irá bien. Las empresas colectivas no están hechas para nosotros. Mejor, que el que pueda se enriquezca, o, al menos, se salve.

Raro caso de reversión del desarrollo, la Argentina fue aterrizando en las décadas recientes en el tercer mundo y aceptando esa situación como natural. Sucesivos momentos de caos económico fueron creando condiciones de “governabilidad” gracias al agobio de la población. La impotencia para controlar su propio destino hizo que la sociedad abriera sus oídos a los oráculos del nuevo tiempo: los economistas conservadores. Su misteriosa conexión con los dioses (mercados) les permitía transmitir las indicaciones de estos para evitar las tormentas –que igual, o quizá con más fuerza aún, se produjeron–.

El neoliberalismo fue la consumación del arrasamiento de la memoria histórica, de la experiencia acumulada, de los estudios y reflexiones de décadas sobre los problemas nacionales y latinoamericanos. Fue un ataque frontal a la voluntad de decidir: el país era comparado con un borracho irredimible, despilfarrador y disoluto, que no tenía capacidad para manejar sus asuntos, y debía ser tutelado por *gente seria*.

Si el estado argentino nunca se había caracterizado por una gran solvencia para resolver los problemas, se avanzó conscientemente hacia un estado “descerebrado”, sin información, ni voluntad ni capacidad para incidir en nada. Un estado a la medida de los “poderes fácticos” que controlaban la marcha de la economía nacional... hasta el abismo de 2001.

Si la inestabilidad argentina de posguerra pudo ser explicada por la existencia de un empate hegemónico entre dos bloques sociales con capacidad de veto, la ruptura de este empate –debido a la dictadura– a favor de un actor inesperado, el capital financiero, no creó condiciones para una nueva estabilidad, sino para una nueva inestabilidad, ahora de cuño “económico”, vinculada a la inviabilidad económica del modelo de negocios –a costa del país– promovido por esta fracción propietaria.

En tanto se “sobornaba” a franjas enteras de la población con el acceso a bienes de consumo modernos, se ponían en marcha un conjunto de jugosos negocios privados sostenidos en el tipo de cambio bajo y mediante al endeudamiento público... El estallido inevitable, producto de la imposibilidad de seguir tomando créditos que ya na-

die –ni los financistas más aventureros– quería proporcionar, desordenó, transitoriamente el régimen de dominación social vigente desde 1976 y profundizado en 1989.

Las ideas importan

Las secuelas de esta historia son aún evidentes: la dependencia cultural y psicológica que se imprimió en vastos sectores sociales no ha sido removida. La mirada al país como una suerte de “caja vacía” que requiere de capitales externos para poder funcionar y crecer se hizo sentido común. La angustia asociada al temor a quedar “afuera del mundo” fue predicada por los economistas y los medios, e internalizada por parte de la sociedad. Ese “fuera del mundo”, que ignora el importante intercambio comercial y los grandes montos pagados por deuda externa y utilidades al exterior, es en realidad *no estar en el mundo de acuerdo a lo que se espera de nosotros*: docilidad y benevolencia con lo que el capital transnacional, productivo o especulativo, requiera en función de su propio proceso de acumulación.

La dependencia cultural y psicológica que se ha venido construyendo en las últimas décadas es el soporte imprescindible de los múltiples lazos de dependencia económica y financiera establecidos por las políticas de las décadas recientes.

Uno de los elementos arrasados en las últimas décadas es el del valor de lo público. Lo público dejó de ser algo que incluye y al mismo tiempo trasciende al individuo, para ser considerado como algo que es ajeno, y eventualmente hostil. La destrucción de la noción de que se tiene con los compatriotas alguna forma, incluso indirecta, de asociación de intereses, potenció un tipo de individualismo depredador e insolidario. El propio vínculo con el país se dañó: este territorio se convirtió en un “espacio de acumulación”, plataforma para alcanzar eventualmente mejores horizontes. La sensación de pertenencia a un colectivo se debilitó, y el argentino medio se convirtió en un “*commoditie*” internacional, disponible para ser insertado como “capital humano” en cualquier otra realidad, a la que buscará adaptarse con considerable ductilidad. De hecho, crecientemente las demandas educativas apuntan en un dirección donde el inglés y las matemáticas se transforman en áreas privilegiadas... todo detenimiento en la realidad, historia y cultura nacional específica molesta crecientemente, porque distrae horas de los saberes que pueden convertir al argentino, o a sus hijos, en *commodities* internacionales.

La potenciación del individualismo descomprometido muestra una perfecta sintonía con las transformaciones de los '90. Dado que *lo público* es el culpable de los males argentinos, procedamos a destruirlo. Como las capacidades nacionales, *está demostrado*, son ínfimas, extranjerícemos. Por otra parte, lo dicen “todos”, la globalización es eso. “Ya no hay mas fronteras y cualquier persona con una computadora, en cualquier rincón del planeta, puede hacerse rica”.

La crisis de 2001-2002 fastidió el ensueño del liberalismo descomprometido, pero no lo erradicó. En reiterados hechos reaparece la mezcla de fastidio cuando “el país” no permite la acumulación individual y el manifiesto descompromiso con su destino.

Si en un relato sobre la Argentina reciente se corre el riesgo de adjudicar plena capacidad performativa a las fuerzas depredadoras, es porque nos faltan suficientes explicaciones sobre la debilidad del otro polo, el de millones de seres humanos que no tenían nada para ganar y todo para perder de la involución neoliberal; pero que no hicieron frente –con más fuerza–, o fueron indiferentes a lo que estaba ocurriendo. Va de suyo que el “terror dictatorial” no constituye una explicación “universal” convincente.

No cabe duda que las transformaciones estructurales en la producción y distribución de la riqueza hicieron lo suyo. El largo proceso de destrucción de puestos de trabajo formales, de degradación de las condiciones laborales, de informatización y desempleo, cambiaron la cara del “mercado” laboral argentino. Vivir precariamente crea otras subjetividades y aspiraciones: el enorme esfuerzo que insume lo cotidiano neutraliza la disposición de embarcarse en “esfuerzos” adicionales, como son los emprendimientos colectivos.

Pero también los cambios en las prácticas políticas y sociales ayudaron a que ese polo se debilitara. La evaporación ideológica de los grandes partidos políticos, su parcial colonización por la tecnocracia económica de derecha, la quiebra de una voluntad reformista seria en los sectores de centroizquierda contribuyeron considerablemente. Un caso llamativo es la prueba a la que –involuntariamente– los protagonistas del Plan Fénix sometieron el sistema político hacia fines de los '90. Apareció en la escena pública un plan económico, considerablemente articulado, viable, alternativo al esquema neoliberal, y avalado por personalidades prestigiosas del mundo académico económico no ortodoxo. Ningún actor político quiso “apo-

derarse” del plan, ya que la voluntad de cambio era ínfima, como la de una parte considerable de la sociedad.

Tradicional fuentes de pensamiento progresista como la CEPAL aparecieron desdibujadas en la crítica de lo que estaba sucediendo. Una postura más firme de los heterodoxos en relación a la destrucción económica y social que se estaba produciendo hubiera contribuido a fortalecer –nutriendo con una visión fundamentada– al otro polo.

Entre otras muchas dudas, persiste la incógnita de en qué medida la sociedad argentina –en promedio– se ubica a la derecha del centro político por convicción activa o pasiva, o por carencia de ofertas argumentativas relevantes.

La dificultad para pensar creativamente al país

La Argentina es un formidable campo de estudio para las ciencias sociales. Tanto por su singularidad en muchos aspectos, como por los episodios extremos que viene viviendo la sociedad a lo largo de décadas y décadas. Un verdadero laboratorio de experimentación y de observación de las reacciones del cuerpo social frente a intensos –y por lo general perversos– estímulos.

País semiindustrializado, de desarrollo intermedio, ha sufrido uno de los retrocesos más llamativos en el campo internacional en las últimas décadas. Tradicionalmente ubicado en los rankings anuales confeccionados por el Banco Mundial como “país de ingresos medios-altos”, en muchos estudios internacionales comparados se trasunta la incapacidad de comprender el derrotero histórico de la economía nacional.

En ese contexto, nos resulta particularmente llamativa la inhibición para pensar creativamente *aquí* sobre lo que aquí ha ocurrido. Esto se expresa, por ejemplo, en la necesidad que muestran muchos académicos locales de pensar nuestra realidad acudiendo a algún esquema de interpretación elaborado en otros contextos, sin establecer las necesarias mediaciones y adaptaciones para que se vuelva fecundo y útil tanto teórica como empíricamente. Para no hablar de atreverse a formular un esquema propio. Entiéndase: conocer y dialogar con el pensamiento universal es imprescindible, porque no podemos sino estar en diálogo con toda la cultura, pero es necesaria una reapropiación crítica de ese pensamiento y un fortalecimiento de la auto-confianza intelectual local, para pasar de apoyarnos per-

manentemente en autores consagrados para reflexionar sobre lo propio, a hacer lo que se hace en otras realidades, donde se forjan conceptos nuevos, específicos, simplemente porque se atiende a lo que pasa en las propias circunstancias. Uno de los quiebres ocurridos en la Argentina posdictatorial es la falta de “auto-autorización” para hablar y para generar categorías específicas, que tengan mayor poder explicativo.

Dentro de esta crisis del pensamiento local, otro de los elementos que asombra es el conservadorismo del autoproclamado pensamiento de izquierda. Hace muchos años, un filósofo tomista, J. M. Bochensky, escribió un libro sobre el marxismo soviético, analizando un conjunto de textos en los cuales develaba un sistema de citas en el que se acudía sistemáticamente al principio de autoridad de los padres fundadores, Marx, Engels, Lenin y (Stalin). Bochensky comparaba esta forma de razonar, donde toda novedad debía poder ser respaldada por una cita de los textos canónicos, con la metodología aristotélico-tomista de construcción de conocimiento, mostrando que tenían una notable similitud. Con una sola diferencia que para el autor valía señalar: mientras el marxismo soviético reposaba en la palabra de un hombre, Marx, en los textos eclesiales, se construía a partir de la palabra de Dios...

El marxismo se condena a la fosilización al realizar el intento –vano– de reducir todo lo que ocurre a lo ya ocurrido, y toda evolución a lo ya previsto hace más de ciento cincuenta años. Sólo así se explica que una corriente obligada por su propio nombre –materialismo dialéctico, materialismo histórico– a superar en lucidez y conocimiento de la realidad a cualquier pensamiento alternativo más rígido o recortado, se transforme en diversas circunstancias en una máquina de producción ideológica con un franco desapego por la realidad, por las características de los actores concretos y por el significado de las luchas sociales que efectivamente se producen. Incapacitada para realizar una introspección, eximida de relacionar sus metas políticas y los resultados obtenidos, hay una izquierda (?) que paradójicamente se aferra a una metafísica de la historia como tabla de salvación.

En otro terreno, totalmente distinto, encontramos problemas similares. Me refiero a las carreras de negocios, o de *business administration*, que han proliferado en los últimos 20 años. Productos académicos con claro sentido comercial, condensaron el imaginario de éxito eco-

nómico-profesional de las capas medias, característico de los felices años '90. Algunas ofertas, para sostener en alto su prestigio –que para cierta franja social se establece en relación directa con su parecido a lo norteamericano–, usan masivamente material de estudio proveniente de ese origen. En diversas carreras locales, se toman como ejemplo empresas como Coca Cola, IBM o Toyota... Parece no importar que el país nunca haya tenido empresas así, ni que tampoco esté en camino de tenerlas. Un mínimo apego a la realidad local, indicaría que si se piensa generar una camada de managers profesionales para las empresas argentinas, se deberían estudiar las características específicas de las mismas, sus problemas y las razones por las cuales, precisamente, no fueron IBM y Toyota..., es decir, saber algo sobre el país, su lugar en el mundo y sus actores.

En lugar de estudiar cómo funcionan nuestras empresas, cómo operar sobre sus problemáticas, qué estrategias de intervención se pueden pensar para que esas empresas se dinamicen, sean competitivas, innoven... se están estudiando los libros de los empresarios norteamericanos exitosos en un contexto completamente distinto, como si los que aquí estudian *estuvieran allí*. Así, *este mundo se vuelve inviable*, por carecer de gente capaz de transformarlo.

Fantasear con formar parte de otros mundos, transcurriendo a través de una supuesta formación profesional como si se viviera en el capitalismo desarrollado, que brinda claramente otras proyecciones profesionales, es parte de un proceso de alienación social y cultural que no es nuevo en la Argentina, pero que *discurso de la globalización* mediante ha tendido a acentuarse aún más.

Repensar la teoría de la dependencia

En el año 2002, a raíz de la visita de Paul O'Neill, secretario del Tesoro de los Estados Unidos, fue publicada en el diario *La Nación* una crónica de la reunión que mantuvo el señor O'Neill con los banqueros locales. En la nota se relataba que los financistas le recomendaban al representante norteamericano prestarle pocos fondos a la Argentina, y condicionar cada préstamo a que el gobierno hiciera las “reformas” que en realidad ellos demandaban. Tuvo que ocurrir una crisis de esa magnitud para que se pudiera observar con tal transparencia la anatomía del poder y la verdadera forma de las “instituciones” que definían las grandes decisiones “públicas” argentinas. Sin

embargo, el grado de disolución y anomia social hicieron que tales revelaciones quedaran en el anecdotario menor de la crisis.

¿Cómo llegaron el sistema político argentino y el destino de los habitantes del país a estar subordinados a un reducido conjunto de intereses financieros? ¿Por qué esta situación no se transformó en un debate central de nuestra sociedad?

El retroceso argentino abarca distintos aspectos.

Uno que es muy relevante para las ciencias sociales es el grado de alienación existente en relación a las fuerzas locales e internacionales que inciden sobre nuestra vida y sobre el bienestar, o malestar, que nos aqueja.

La “teoría de la dependencia”, con influencia en Latinoamérica en los ‘60 y ‘70, puso a las ciencias sociales en un lugar fructífero y de tensión al mismo tiempo: por un lado enriqueció el debate al introducir explícitamente las relaciones internacionales, el peso de la historia colonial, el poder como elemento de peso en las definiciones “económicas”, las complicidades y los vínculos de dominación que permitían explicar, o complejizar, las dificultades que el relato estructuralista no alcanzaba a abordar.

El elemento “de tensión” que acompañaba a la teoría de la dependencia era que en contraste con el programa estructural-desarrollista, que no aludía al conflicto –aunque admitía los escollos y resistencias de los grupos sociales “anti-modernos”–, convocaba a una actitud rupturista con los lazos de toda índole que impedían el progreso latinoamericano.

Por supuesto que una teoría así, en un contexto de guerra fría y de radicalización social, tenía el serio riesgo de subestimar enemigos, sobreestimar posibilidades e ignorar otros factores locales que podían constituir obstáculos para terminar con la dependencia. También a pasar por alto los cambios y avances que se daban en algunos aspectos de la realidad económica latinoamericana.

Esos debates protagonizados por los *dependentistas* tenían sentido, entre otras cosas, porque obligaban al resto de las corrientes económico-políticas a pensar más, y a levantar la puntería de los diagnósticos. Esas discusiones, esos intelectuales e investigadores, fueron erradicados de toda la región a través de la violencia física que per-

mitió “limpiar” de problemáticas preguntas a sociedades que –al menos– habían logrado formularlas.

Así se cerró una indagación sobre un núcleo temático relevante, que no ha tenido respuesta: la articulación de lo externo y lo interno para pensar la realidad latinoamericana. Cómo debería pensarse esa dinámica. Qué relación existe entre los actores locales y los poderes externos, privados y públicos. Cuál es la importancia de los factores culturales en el comportamiento político, económico, de los diferentes sectores sociales (tema también muy poco trabajado). Una teoría como la de la dependencia, o cualquier otra que fuera capaz de asumir el carácter multidimensional de la realidad, debería poder pensar, por ejemplo, el sentido político de la irrupción en el escenario local de festejos como Halloween, el día de San Valentín, o la celebración de San Patricio. O reflexionar sobre la importancia formativa de los canales de la televisión local dedicados al público infantil, mediante los cuales las multinacionales educan y transmiten cultura y valores a los niños argentinos. ¿Nada tiene que ver este proceso de absorción acrítica de elementos de la cultura norteamericana –en paralelo a la ignorancia o indiferencia en cuanto a la creación nacional– con las posiciones y actitudes que luego se adoptan en relación al destino nacional, al patrimonio cultural, a nuestro idioma o a la valoración de nuestras especificidades?

La historia argentina reciente transcurrió luego de la erradicación de las “posturas radicalizadas”. Si antes del ‘76 se hablaba de dependencia como factor explicativo decisivo (otra tarea intelectual pendiente es proceder a un balance de esa percepción), ¿qué debería decirse en torno a la evidente dependencia provocada por el mercado financiero internacional y las dictaduras militares que metieron a la región de cabeza en el endeudamiento? ¿Acaso el proceso de privatizaciones masivas en América Latina en los ‘90 no implicó nada en cuanto a la capacidad de autodeterminación de la región? No hace falta asumir una perspectiva dependientista extrema para asombrarse de la incapacidad de la sociedad actual para observar con rechazo una situación de semi intervención en sus asuntos internos por parte de banqueros, economistas y burócratas internacionales. ¿No debería pensarse la problemática de un país casi tutelado intelectualmente y culturalmente? Finalmente: ¿cómo podrían pensarse estos asuntos si se logró remover de la conciencia de las mayorías la asunción de una perspectiva nacional de nuestros propios problemas?

El diario considerado mas “serio” del país no puede evitar indagar, frente a las disyuntivas locales, qué piensan en Washington, en el FMI, e incluso en España. Cualquiera de esas miradas adquiere más peso e importancia que lo que pueda analizarse localmente, a pesar de que en muchos casos esas miradas se nutren, básicamente, de informaciones y prejuicios generados localmente.

Esa forma de subordinación conceptual, que se corresponde con la de los socios locales de las corporaciones transnacionales, no encuentra una contestación lo suficientemente consistente desde el espacio de la política, la cultura y la academia.

La universidad pública al servicio de...

Si definiéramos al neoliberalismo como una fuerza política tradicional, hasta podría sostenerse que prácticamente no ha hecho pie en la universidad pública argentina. No aparecen grupo políticos relevantes en su seno que se auto-titulen neoliberales, ni autoridades que se embanderen con esa posición.

Sin embargo, razones estructurales y de dinámica hacen que la universidad funcione “neoliberalmente”.

Primero, por no asumir conscientemente un papel comprometido con la sociedad que la sostiene, con el desarrollo nacional. En el subdesarrollo, lo espontáneo es el subdesarrollo. Su reversión exige una actividad consciente, un esfuerzo movilizador que no está presente en la vida universitaria. La institución que debería ser la matriz generadora de ideas aparece enredada en pujas internas de poder irrelevantes.

El destino de la universidad pública está estrechamente ligado a tener o no tener un proyecto de desarrollo viable. El argumento del Banco Mundial, hoy asordinado, de que debía achicarse la universidad porque era un gasto excesivo y que se debía priorizar la educación primaria, no puede ser contestado con legitimidad desde los limitados intereses corporativos de docentes, investigadores y alumnos. El gasto universitario es un gasto más dentro de una masa enorme de requerimientos sociales. Ese dinero que se destina a la universidad, como cualquier otro dinero público, debe estar plenamente justificado. Derecho a vivir bien, a tener un buen ingreso, a hacer algo interesante, *deberían tener* todos los habitantes. Dado que el

estado no tiene fondos para garantizar eso, debería utilizar sus limitados recursos dentro de una estrategia que permita ir aproximando la realidad social a esa “utopía”: bienestar para todos. Y por eso se justifica gastar en la Universidad: porque puede ser un instrumento eficaz para acelerar la llegada de ese bienestar... si es que efectivamente aporta a eso.

El “realismo” de Banco Mundial obedece a una lógica opuesta: *ustedes son subdesarrollados, generan una masa de universitarios que no guarda relación con lo que son, o sea, están despilfarrando recursos. Mejor gástenlos en otras cuestiones, y que se reduzca la cantidad de gente que accede a la educación, como pasa en buena parte del planeta. Si, por ejemplo, tienen una buena primaria y mejoran la secundaria, quizá reciban inversiones extranjeras para aprovechar esa mano de obra con buena calificación (que es lo que ustedes quieren, ¿no?)*. El Banco Mundial está pensando efectivamente en cómo debe integrarse la periferia al sistema mundial, que es ofertando pasivamente recursos a la inversión multinacional. Y acierta en este punto: una Argentina subdesarrollada, sin proyecto estratégico, sin voluntad de usar el conocimiento científico y tecnológico, está despilfarrando plata cada vez que forma a un profesional capaz, porque será absorbido por el entramado productivo de los países centrales. O sea: Argentina gastó unos cuantos miles de dólares en formar a una persona para “entregársela” gratis a los países desarrollados. En el extremo, el país, por no *resignarse a ser lo que es* “mantiene la esperanza” formando gente, pero como eso es lo único que hace –porque el país no genera un entramado productivo en el cual aprovechar esas capacidades creadas– esa gente se va. El Banco Mundial advierte esa contradicción argentina y la resuelve “a su manera”: “asuman el subdesarrollo y ofrézcanse al mercado mundial aceptando el papel dependiente”.

Segundo, porque el espíritu que anima a buena parte de su comunidad es exclusivamente el del ascenso personal. Para gran parte de los alumnos el paso por la universidad es sólo parte de una estrategia para mejorar sus perspectivas personales, sin importar si eso tiene algún efecto útil sobre la sociedad. Desde el lado de docentes e investigadores puede aparecer un enfoque similar, que las condiciones sociales de incertidumbre económica refuerzan. Si la institución no orienta los esfuerzos de quienes investigan, el saber se fragmenta en un conjunto de islas con sentido exclusivo para quienes los habitan.

Un ejemplo del sesgo individualista extremo se puede observar en la Facultad de Ciencias Económicas, donde el criterio de muchos alumnos es que consideran que los asiste el derecho “natural” a que el estado (la sociedad) les brinde gratuitamente instrumentos de ascenso social, al mismo tiempo que no conciben tener compromiso alguno con la sociedad que les permite ese progreso individual. Lo mismo pasa en otras carreras: no parece derivarse de ese aporte gratuito recibido por los alumnos un compromiso, ni siquiera profesional, con lo público. En el caso de los contadores, ese compromiso podría expresarse en el combate a la cultura de la evasión impositiva, que es una impresionante manifestación de la anomia argentina. En la abogacía, ese compromiso con lo público podría expresarse en el rechazo del uso del derecho para violar la ley o depredar los bienes públicos. En realidad la Universidad *respet*a este comportamiento individualista, y no pretende dejar huella ética o política alguna en quienes pasan por sus aulas. ¿Por qué este “derecho” al ascenso individual, financiado con fondos públicos, y descomprometido de mínimas acciones a favor de lo público, debe preceder a otros derechos, quizá más urgentes? Sólo por un efecto de inercia social y por la dificultad política de cuestionar los “derechos adquiridos” no se ponen en discusión estos criterios. Probablemente la ausencia de fuerzas de peso capaces de reivindicar lo público con energía favorece la continuidad de la inercia individualista.

Tercero, porque cuando se establecen conexiones con el sector privado para emprendimientos conjuntos, en general tienen que ver con lógicas empresarias a las cuales la universidad adhiere, facilitando conocimientos, instalaciones, mano de obra barata, etc, a cambio de aportes menores que alivian en algo su estado de sistemática inanición presupuestaria. No es ésa una intervención transformadora de la realidad, en la que se incide sobre el tejido social en el sentido de desenvolver sus potencialidades de acuerdo a un proyecto más amplio, sino un accionar básicamente adaptativo y pasivo. En este sentido la universidad pública no difiere de la mayoría de los organismos del estado, que carecen de directivas de acción precisas, porque la cabeza misma del estado está postrada. El estado nacional ha naturalizado un estado de indefinición estratégica sobre cuanto tema relevante pueda existir, desde hace décadas. La degradación del sistema político ha hecho desaparecer esta gravísima situación de la agenda de quienes acceden a la conducción política del estado. La sociedad se preocupa por plantear necesidades más concretas, des-

conociendo que solo podrían ser resueltas precisamente con políticas estratégicas. La universidad como tal no tiene un comportamiento muy diferente al del estado nacional: flotar a la deriva, recibiendo sorprendida el impacto de las circunstancias externas.

Cuarto, porque el modelo academicista imitativo del modelo norteamericano llevaría a especializaciones muy útiles si ya estuvieran resueltos los problemas principales del país; pero que se disuelve en resultados atomizados en la medida en que no haya ninguna instancia articuladora de los conocimientos producidos. Es la diferencia entre la universidad en el centro y en la periferia: en el centro hay estado y hay un entramado productivo con visión estratégica que “orienta” a la universidad, y recupera lo generado en la academia, lo que deriva en un incremento del poderío nacional y el bienestar social. En la periferia, no existe esa “espontaneidad” en la cual naturalmente encajan la producción y la demanda de conocimientos.

Sin embargo, la presión del sistema de premios y castigos vigentes puede impulsar a que la *carrera* académica se convierta en una maratón de producción de *papers*, con claro predominio de lo cuantitativo sobre lo cualitativo y de lo particular sobre lo general.

La creación *stajanovista* de textos sin relevancia alguna, pero encuadrados dentro de los parámetros cuantitativos del sistema puede transformarse en un estímulo importante para la esterilidad intelectual.

En una universidad ya muy tomada por la lógica individualista del neoliberalismo, si se introducen mecanismos que acentúen la hiperespecialización sin conexión con la realidad, el resultado puede parecerse formalmente al norteamericano, pero ser irrelevante para cambiar en serio las condiciones de vida de los argentinos.

Los problemas de la disciplina “economía”

Mientras la economía como disciplina incrementó “hacia fuera” extraordinariamente su importancia y prestigio en la sociedad en las recientes décadas, su capacidad para pensar y abordar las cuestiones sufrió un notable empobrecimiento. La ausencia de las principales corrientes de pensamiento pre-dictatoriales (no solo en el ámbito local, sino también en el internacional) delimitó un estrecho marco de problemáticas a tratar.

El perfil de la carrera cambió luego de la dictadura, y empezó a atender las demandas crecientes de los alumnos: la salida laboral, el empleo. Preocupaciones legítimas en un país que había dejado de crecer y que se continuaba deteriorando, pero insuficientes como misión de la universidad.

La Carrera de Economía de la UBA, por otra parte, se hallaba físicamente desvinculada de otras disciplinas con las cuales podría generar sinergias intelectuales evidentes, como la sociología y la historia. Su ámbito, la Facultad de Ciencias Económicas, la llevaba a diluirse en un mar de estudiantes y docentes de contabilidad y administración con inquietudes divergentes de las de los economistas. Si bien la carrera de economía conservaba valiosos docentes que constituían el puente humano con la vieja carrera de Economía Política, las tendencias sociales imperantes apuntaban hacia el mercado, los conocimientos financieros y el instrumental econométrico necesarios para las prácticas profesionales concretas. Mientras otros institutos privados resolvían el problema volcándose definitivamente hacia el neoliberalismo acrítico y ofrecían sus contactos académicos internacionales como incentivo adicional para quienes buscaban “progreso” garantizado –aprovechando el embelesamiento por los títulos extranjeros del empresariado local y naturalmente de las multinacionales–, la carrera pública se mantuvo en un terreno más prudente, con escasa presencia en los debates relevantes del momento.

La instalación de la disciplina económica como “ciencia” cuyos profesionales detentan un saber de imposible acceso para los ciudadanos de a pie fue un largo proceso que se produjo en paralelo a la construcción de la disciplina como un saber técnico independiente de valores y opiniones políticas.

Separar la economía de la política fue un elemento clave de un esquema de dominación que se fue perfeccionando a medida que se hundía la experiencia política del alfonsinismo. Entender economía era saber qué pensaban y cómo actuaban *los mercados*, otra construcción ficcional que en el caso argentino encubría las demandas de los sectores más concentrados del capital productivo y financiero.

Mientras el posmodernismo irrumpía en esos momentos en el debate intelectual y enfocaba su embate hacia los “grandes relatos” (casualmente el marxismo, pero en un sentido más amplio las corrientes que no renunciaban a articular los diversos ámbitos de la “realidad”), la marcha de la economía mundial era definida por las em-

presas multinacionales y el capital financiero. Es notable pensar que el personal de esas corporaciones no está precisamente preocupado, para tomar sus decisiones, por contar con alguna teoría epistemológica, ni está angustiado por los fundamentos de su accionar, ni revisa concienzudamente sus premisas ideológicas (el neoliberalismo), que son totalmente endeble desde el punto de vista teórico, y que no resistirían una confrontación intelectual seria. Y es precisamente esa tecnoburocracia semianalfabeta la que da forma a la sociedad mundial y define nuestros destinos.

El modelo de economista que circulaba en los medios en los '80 y los '90 era entonces, salvo honrosas excepciones, el economista *profesional*, neoliberal, portador y difusor de ideología revestida de saber científico, riguroso. A diferencia de las épocas dictatoriales en las que los centros independientes recibían cierto apoyo financiero de fundaciones externas, lo que permitía mantener una corriente de pensamiento crítico por afuera de la hegemonía neoliberal, con la vuelta a la democracia preponderó el financiamiento del mundo empresario hacia la investigación orientada a demostrar que el bien para las empresas *sponsor* era el bien para la Argentina. Los economistas, como corporación, habían logrado convencer a buena parte de la sociedad de su imprescindibilidad, y ésta aprendió a diferenciarlos de los tradicionales contadores (a quienes identificaba con mayor precisión). El campo de la profesión creció, al tiempo que su aporte intelectual se bastardeó: o se era meramente un técnico capacitado para hacer un tipo específico de operaciones matemáticas y comprender jergas específicas, o se era un ideólogo que retraducía a jerga profesional, fundamentándolas, las necesidades del mundo empresario. Eso explica por qué el imaginario colectivo no asocia a los economistas con los investigadores ni con los científicos. Los economistas son políticos, aunque sostengan lo contrario.

Se consagró, en forma simultánea, la separación de la economía del resto de ciencias sociales.

El empobrecimiento afectó los dos campos. Una economía que no pueda incorporar explicaciones políticas de los fenómenos económicos relevantes es una economía obligada a hablar sobre un mundo inexistente, que paradójicamente explica los procesos como ineluctables, ya que serían producto de leyes mecánicas irreversibles.

Las otras ciencias sociales parecieron convencerse de lo mismo desde otro lugar: o la economía es el terreno de *esos neo conservadores*

a los que no debe aceptárseles nada, o la economía es pura voluntad política, y entonces no hace falta ningún saber específico.

Pero para las disciplinas sociales que relegaban lo económico al plano de lo despreciable, se abría un vasto campo de confusiones y distorsiones. Prescindir de la dimensión económica ponía muchas veces el pensamiento social en el lugar de la irrealidad y la fantasía.

Razonablemente la economía era objeto de sospecha por parte de los sectores críticos.

El crecimiento de los sectores más ideologistas y conservadores, sobre todo en el mundo académico de los países centrales, había impregnado a la profesión de una impronta reaccionaria que los minoritarios economistas heterodoxos no lograban neutralizar. La pretensión de administrar un saber técnico neutral –que invariablemente favorecía en sus análisis y recomendaciones el capital y los países centrales– resultaba indignante para sectores politizados pero parecía imbatible en las grandes universidades, en los partidos políticos de masas, en el mundo de los negocios y en los medios de comunicación. La economía fue siendo recortada al punto de ocuparse casi en exclusiva de pensar nuevos negocios para los sectores propietarios, a costa del resto de la población.

Dado el peso que en el campo intelectual “economía” tiene lo que se produce en Estados Unidos, vale una acotación. El pensamiento crítico norteamericano ha mantenido presencia e influencia social en las cuestiones culturales, de género, de libertades públicas, ecológicas, dando batalla en muchos debates y pudiendo influir en la determinación de lo “políticamente correcto”. En el ámbito de las carreras de economía norteamericanas ese pensamiento crítico prácticamente ha sido desterrado. Los economistas políticos, aquellos que rescatan la riqueza de la tradición y la complejidad del pensamiento económico, han sido mayormente “expulsados” hacia otras carreras que los albergan: la antropología, la geografía, la sociología, la historia.

La economía –así, a secas– es de los conservadores. Conservadores más liberales o más reaccionarios, pero defensores convencidos del *statu quo* local e internacional. Pareciera que la división del trabajo intelectual en la nación más poderosa de la tierra hubiera establecido que “el ámbito de la producción, de las empresas, el ámbito decisivo de la regulación de las condiciones de vida de la población, per-

tenece a la derecha”. Para los pensadores críticos se reserva el ámbito académico, pudiendo publicar libros y discutir internamente, pero renunciando a la idea de incidir en la marcha de la vida de la sociedad en un terreno de enorme importancia.

Ese proceso de captura del campo de la economía para el pensamiento conservador en el mundo académico felizmente aún no se ha completado en nuestro país. A pesar de la diversidad perdida, persisten en nuestra vida universitaria –pública– corrientes que ayudan a complejizar el campo y evitar que éste se transforme en mero productor de ideología (conservadora).

Qué investigación para qué país

Sería injusto exigirle a la universidad una lucidez muy superior a la del resto de los actores que interactúan en otros ámbitos de la realidad nacional.

Pensemos por un momento en el comportamiento reciente de buena parte de la sociedad ante el *lock out* agrario. Es un muestrario de muchas de las tendencias que discutimos en este texto. Desde la incompreensión masiva de los aspectos distributivos (económicos) que estaban en juego, pasando por la ignorancia absoluta sobre los aspectos que resaltan la dependencia económica argentina (desde las multinacionales biotecnológicas a las exportadoras multinacionales), la predisposición a solidarizarse con una lucha *particular* contra el estado, la incompreensión de su propios intereses específicos, o sea de los actores sociales subordinados (lo que llevó a una participación o no participación absolutamente alienadas), la naturalización de la apropiación privada de rentas extraordinarias (en perfecta consonancia con el individualismo depredador), la nula importancia otorgada a la opinión de los especialistas y de la Universidad (¿para qué sirve la ciencia? ¿Qué pueden aportar los universitarios en un debate sustantivo?), la irrelevancia e inverosimilitud de cualquier apelación al largo plazo (¿qué significado puede tener la expresión “destino común” en este contexto ideológico?).

La desconexión entre las disciplinas sociales ha obrado como una forma de empobrecimiento y de debilitamiento de la capacidad crítica de las mismas. No solo la economía ha sufrido la pérdida de potencia explicativa y predictiva, también otras disciplinas. Así, la ciencia política, cuyo objeto de estudio es precisamente una activi-

dad social por excelencia, pudo ser vaciada de sus contenidos más significativos, para convertirse en una entomología de los sistemas políticos y de los resultados electorales, sin referencia alguna al régimen social de acumulación.

También en la sociología se ha advertido cierto recorte empobrecedor. En este caso, por un sesgo mal entendido hacia los desposeídos, los pobres, los marginados. Para entender a esos sectores hay que conocer al resto de la estructura, estudiar el conjunto social, la diversidad de los actores que conforman el todo. Si los desocupados merecen atención sociológica, qué se debe decir de los ocupados, que son la mayoría de la población. Y qué hay de la vida en las empresas, donde la gente pasa 10, 12 horas diarias. ¿Qué clase de cultura se genera allí? ¿Qué pasa en los lugares donde se genera la vida, el consumo, las expectativas, la subjetividad de las mayorías? ¿No se da una confusión entre la legítima sensibilidad hacia los que sufren y el abandono investigativo de espacios fundamentales de la vida social?

Es hora de sintetizar algunas conclusiones:

Si en los '70 el discurso social crítico era capaz de articular disciplinas, carecía en medida importante de un adecuado respaldo en materia de investigación seria que le diera solidez y que al mismo tiempo contrabalanceara sus tendencias más irrealistas.

En la actualidad, parece haberse invertido la situación: hay un importante avance en materia de investigación, con mayor rigor que en otras épocas, pero que al no existir un campo de articulación de los resultados, estos aparecen como fragmentos inconexos e incompletos, incapaces de generar un sentido mayor.

Por otra parte, si el pensamiento crítico insiste en desconectarse de la investigación rigurosa de la realidad, se acrecienta la posibilidad de la construcción sistemática de fantasías, de discursos que se retroalimentan en diálogo sólo con los textos y en competencias libradas dentro de microclimas aislados del supuesto objetivo de transformación.

La escisión entre academia y política no puede seguir. El costo de despolitizar las disciplinas es la pérdida total del sentido de la investigación pública, que no puede sino estar referida a prioridades sociales. Por supuesto que será una tarea delicada establecer una arti-

culación que respete las autonomías relativas. Lo estéril, en todo caso, es la escisión.

En el caso de la economía como disciplina social debería articularse una renovada vocación por la reparación social, un apego mucho más profundo a los hechos y a la investigación fundamentada y un diálogo constante con otros saberes. Si la economía no establece fuertes lazos con otras disciplinas sociales, si no busca convergencias y aprende sistemáticamente del resto, está condenada a ser vacua, o reaccionaria.

Finalmente, las ciencias sociales tienen una tarea poco convencional, pero vital en esta Argentina periférica: tienen que impulsar, por afuera del marco estrictamente universitario, la utilización del conocimiento producido. Si la investigación tiene un valor social, el nexo con las políticas públicas debería ser mucho más estrecho. Las políticas públicas, en el subdesarrollo, dejan mucho que desear también por su improvisación y falta de sustento. No romper ese límite deja a la investigación social en el terreno del aislamiento, o como potencial apéndice del mundo de los negocios, que sí tiene claridad –de corto plazo– de cuáles son sus horizontes productivos y sociales.

Como se ve, hay mucho y muy interesante por hacer.